Cuenticos

Lupita Arciga

Capítulo 1

Cuenticos

Por: Lupita Arciga

Conquista segura

Llegó por detrás y le cubrió los ojos.

—¿Quién soy?

—Mi amante alemán –respondió.

Alzheimer se adueñó entonces de toda ella, arrebatándole recuerdos, vivencias y días felices. La dejó sumida en el silencio, la oscuridad, la tristeza, el abandono. Desapareció. Pero aún sigue aquí.

Capítulo 2

En camino

Tengo lo necesario para agarrar viada. Estoy ansiosa, pero será maravilloso. Puedo sentirlo. Quizás me quede atorada a medio camino. Me ha pasado, es parte del juego. El viaje es mío. Quiero y necesito hacerlo.

Respiro. Me acomodo en mi sillón: escribo.

Capítulo 3

Cuento de hadas

Y vivieron felices para siempre. ¡Ja, que mentira! Me dejaron sola con él: joven, guapo, fuerte. ¿Qué más podía desear? Pues sí, algo más. No bastan unos ojos hermosos. No basta una voz varonil y sensual. Las manos perfectas que te conduzcan a ese bosque encantado donde el placer reina. ¡Ah! Amo estar allí, sin duda, pero cuando termina odio todo de Él. Que deje la ropa tirada por el piso; que haga con la toalla húmeda su balón de basquetbol y la lance a un rincón festejando canasta; que no levante el asiento del retrete; que no tire de la palanca, que escupa en el piso o entre con los zapatos sucios cuando recién he limpiado, que, ¡ah! Que Él, aun con su apostura, siga siendo una Bestia.

Capítulo 4

Limbo

Bien podría tratarse de un sueño, pero el dolor le gritaba que no era así. Se sentía confundida. ¿El sol en el horizonte se perdía o comenzaba a salir? Las espigas de trigo estaban ligeramente húmedas, de rocío tal vez. Y si era así, amanecía entonces. ¿O no? Todos sus esfuerzos por recordar el resto de su día o de su noche resultaban infructuosos. ¿Dónde estuvo antes? ¿Dónde estaba en esos momentos? Miraba a su alrededor y nada le parecía familiar, conocido siquiera.

La humedad. No se terminaba. No provenía realmente de las espigas. Entonces nota las mancha rojas en su vientre. Imágenes variadas tocan su mente y avivan recuerdos: la noche, el antro, el hombre aquel que la invita a bailar; el refresco y luego… todo confuso, como visto detrás de un cristal empañado. ¿Qué hizo? ¿Qué le hicieron?

Jamás lo sabrá. Nadie lo sabrá.

Capítulo 5

Sesión

“Nuestras noches de jueves son imperdibles no sé desde cuándo. Mi semana termina y comienza sin recordarlo para nada, sumida en mis diversas ocupaciones; pero llega el día y todo cambia. Despido temprano a la muchacha, encierro a los perros y salgo a mi caminata por la playa.

Me encuentro con él: alto, esbelto, de inexpresivos ojos oscuros y facciones extrañas, pero lleno de fuego.

Le revelo que tengo una sospecha: creo que estoy embarazada. Él consiente como si ya lo supiera. Me pierdo en su voz, en el arrullo del mar y poco antes del amanecer se despide de mí. Flota por encima de las olas y desaparece, junto con otras esferas luminosas”.

La mujer calla y mira a su alrededor. Doce pares de ojos perplejos están fijos en ella. Recuerda dónde está. Olvida una vez más su jueves especial y reinicia la terapia de grupo.

Capítulo 6

Contacto

Una vela chisporrotea en el centro de la mesa. Alrededor de ella seis personajes con desgana, miedo, emoción e incredulidad: La pieza, a luces bajas, tiene aspecto tétrico con todos los muebles cubiertos con sábanas.

—Alejandro –la médium se balancea invocando–. ¡Alejandro, manifiéstate!

Un chicotazo en el cielo cimbra los huesos de los allí reunidos.

—¡Ay…! –grita uno al borde de la histeria.

Gira la cabeza, revisa puertas, ventanas, escaleras.

—¿Qué buscas? –se mofa otro– ¿A un vivo? Jamás va a suceder, idiota. Se lo he dicho hasta el hartazgo a tia Amelia: “No hay canales abiertos del más allá al más acá”. Pero es una mula.

—¡Te estoy oyendo, Ferdinando!

—Sí, tiíta. ¡Pero no escuchas…!

Y como cada noche de tormenta, aquel montón de huesos termina en discusión, enredados entre falanges, clavículas y cóccix desgastados.

Capítulo 7

Bosque encantado

En un bosque extraordinario, con nubes rosadas en formas de ardillas, pegasos y colibríes; de manantiales claros en donde hermosas ninfas cantan antiguas melodías, dos unicornios –madre e hija– disfrutan de la paz que les rodea. Tienen sus juegos favoritos: ocultarse entre los árboles o tras los altos setos con frutillas y flores. Correr por el manantial, saltando pequeñas rocas. Echarse en el pasto, revolcarse, hasta quedar quietas, mirando el cielo y disfrutar el vuelo de los pájaros.

Un zumbido lejano obliga a la madre a levantarse rápidamente.

—Las cinco –mira en su celular, volviendo a su cuerpo la tensión y el miedo.

—No, mami –suplica la hija tendida aún en el pasto–. Otro poquito… ¿sí?

—No podemos, amor –la levanta–. Papi está al llegar y sabes cómo le disgusta no encontrarnos en casa.

La niña consiente. Recuerda los gritos de su padre, los trastos rotos, la violencia. Se abraza a ella y ve el moretón marcado en el hombro de su madre. Le da un beso para aliviarla un poco, mientras su bello refugio se diluye.

Capítulo 8

Para la libertad

Un accidente deja inmóvil a Julián. Sin familia ni amigos, ni siquiera Seguro Popular, la Asistencia Pública le encuentra espacio en un hospital psiquiátrico.

Solitario, taciturno, pasa sus días frente a la tapia de aquel lugar, con el deseo íntimo de que se derribe y lo aplaste. Cierta tarde, una hendidura refulgente se abre delante de sus ojos y lo atrae, lo invita a atravesarla. Descubre un mundo aparte. Allí puede ponerse de pie y su silla de ruedas se transforma en una fuerte armadura que lo escuda.

El reino es asolado por dragones y el rey ha prometido la mano de su hija al valiente guerrero que venza a las bestias. Decidido a lograrlo, corre por el borde de aquella cañada donde ve acercarse a un hermoso grifo con arreos. Espada en mano y con un grito fiero, salta al lomo del fantástico animal, seguido por sus hombres, los demás internos que lo habían seguido. Juntos pelearán contra las bestias, desoyendo las voces desesperadas de enfermeras y médicos que llegan desde lejos. Ninguno quiere volver atrás.

Capítulo 9

El ángel

La habitación luce en desorden con restos de la vidriera esparcidos por el piso. En un rincón, una joven aturdida, envuelta en una sábana, es acompañada por una mujer policía. Dos detectives miran por la ventana hacia la catedral en frente. Un hombre desnudo cuelga de la garra de una gárgola de grandes alas.

—La chica está drogada, pero dice que un ángel la salvó de ser violada.

—¡Hum!

—¿Eso diremos en el informe?

—¿Qué prefiere? ¿Ángel mata a violador o gárgola mata a violador?

—Eh…

—El tipo recibió su merecido. Caso cerrado, colega.

Capítulo 10

Libre

Perla vive cansada de su rutina diaria: ropa, calzado, botellas, latas, golosinas, comida y juguetes dispersos en los lugares menos indicados.

Impulsada por el hartazgo, más que por amor propio, se marcha.

Es más sencillo que lidiar con tres hombres indiferentes, locos por la televisión, el Internet y los deportes.

Capítulo 11

El héroe

A Juana le toca lavar la ropa de la semana y como la lavadora tronó, lo hace a mano.

Llena una tina con agua y abundante detergente, donde remoja la ropa y a darle con ganas al fregadero.

La espuma crece conforme ella agita las jabonosas aguas. Talla con ritmo, siente los riñones agarrotados, los brazos fatigados, pero no puede dejar la faena a medias.

Le llega el momento de tender y no puede más. Casi llora del cansancio. Entonces, la espuma en la tina se revuelve y de ella se forma un hombre de dos metros. Ayuda a Juana a tender la ropa, pasándole las prendas y pinzas. La mujer se cree en un sueño del que no quiere despertar.

Al colocar la última pinza, el hombre de espuma se inclina y la besa en la mejilla. Luego, explota en cientos de burbujas que se elevan en irisados destellos.

Juana mira su tendedero repleto. Toca su mejilla y revienta sin querer una burbuja: se ha enamorado.

Capítulo 12

Pesadilla

Los perros no dejan de ladrar y ella se retuerce en la cama, inquieta, febril: una jauría la persigue por un páramo húmedo y frío. La hierba le azota el rostro, mojándolo en cada zancada. Está desesperada, sin lograr encontrar un refugio apropiado. El corazón le late al ritmo de su carrera; de su boca escapan nubecillas blancas y frías. Se esconde tras el tronco de un árbol con la intención de recuperar el aliento; pero al mirar, los perros están más cerca. Emprende de nuevo la carrera saltando piedras, pequeños arbustos; se desliza por debajo de un alambrado y los malditos sabuesos sin menguar en nada su carrera feroz.

Siente que no puede más. Le duelen los pulmones en cada bocanada. ¿Si aquello es una pesadilla, por qué no despierta? La jauría está cada vez más cerca. Puede escuchar sus jadeos, el golpe de sus patas contra el terreno lodoso. De pronto topa contra un muro. ¿Hacia dónde ir? No puede escalar la musgosa pared. Corre a un extremo, al otro y los perros la acorralan. No le permitirán escapar. Llegan los jinetes. Uno de ellos se apea con rapidez, prepara su rifle y dispara a su cabeza. Un tiro certero.

Despierta asustada, frotando su mano contra su frente, pero la humedad en ella no es sangre, sino sudor. Se tumba de nuevo en el lecho, sintiéndose aliviada. Luego, infinidad de risas de hombres la estremecen. Recuerda su desnudez y la manera violenta en que llegara hasta aquella habitación. La puerta se abre y varias sombras se internan. Aquel no es el fin de una pesadilla… sino el reinicio.

Capítulo 13

Por derecho

De perfil, ante la cámara.

“Atrás ni para tomar impulso, decía siempre; alegre, activa. Sus sueños eran grandes”.

Corte.

Ahora, frente a la cámara, con la cabeza baja.

“Pero entonces conoció a Carlos y éste desgraciado la fue minando tan sutilmente que ni ella misma se daba cuenta. Luego… la dejó, sumida en el alcohol, las drogas y la desesperación”.

Corte.

Misma posición. Llorando con impotencia.

“Se marchitó ante mis ojos hasta volver a ser como una semilla; pero infértil. Muerta”.

Corte.

Mira de frente a la cámara sin lágrimas ya. Con aire decidido:

“Soy su madre. Tengo una .45 en mi bolso y la nueva dirección de Carlos”.

Fin de grabación.

Capítulo 14

365

Tarde de primavera. Tarde gris. Llena de sueños perdidos bajo la almohada. De cantos aletargados, de pájaros en sus nidos. Cierro los ojos y no te veo. Te me pierdes en la memoria como años pasados; como hechos simples que no significaron más de cinco líneas en un periódico.

¿Es bueno o malo para mí? No pensarte, no soñar más contigo. ¡Ah, sí!, digo cuando alguien pregunta por ti; pero nada mueve ya en mi interior. Raro. Me parece raro. No suspirar o quedarme en silencio con la vista fija en tu recuerdo. En tanto y tanto que te entregué, perdí y no recuperaré ya: las fotografías, la música, el ciento de líneas compartidas. ¡Qué cosas! Un segundo de distracción y todo cambia. Un pequeño detalle y el mundo puede colapsar frente a tus ojos.

¿Terapia? No creo necesitarla. Sí, al principio pude portarme un tanto loca de dolor y rabia ante tu pérdida, pero… ¡ay! No es para tanto, como dicen todos. He penado para llegar a este momento. Tuve que doblegar mi orgullo y domar mi ansiedad. De lo contrario no sé lo que habría sido de mí.

Ya ha pasado tiempo. Un año. Trescientos sesenta y cinco días exactos en que robaran mi Smarthphone XYZ. Sólo espero, que el estúpido que me lo arrebató, haya quedado tullido después del fregadazo que se metió con la banqueta al huir en su moto.

Capítulo 15

Hemisferio perdido

Hay lágrimas en los ojos de la mayoría. Emoción y satisfacción en los corazones de otro tanto; aplausos, risas de júbilo. Después de dos años de arduas y dolorosas terapias, con la mitad del cerebro, las piernas rotas y un pulmón colapsado, Emilio se pone de pie gracias a su propio esfuerzo. Sólo es el comienzo, pero está decidido a no claudicar. Se lo debe a los suyos y a sí mismo. Da algunos pasos, respira hondo, lo hace de nuevo para finalmente caer en los brazos de la mujer en el otro extremo a la que mira fijo.

—Ma… má –sonríe.

Capítulo 16

El mejor refugio

Soy una experta en desaparecer la realidad. Al primer problema, me evado. Con lápiz y papel el caos a mi alrededor se esfuma: la demencia de mi madre, los achaques de mi padre, las drogas que usan mis sobrinos… lo transformo en mil y un caracteres que van de la comedia al terror y de la ficción a la fantasía en algunos golpes de tecla. Donde soy Dios y todo sucede según lo planeado.

Capítulo 17

Ayer

Ayer fue lunes. Me levanté con el pie izquierdo. Afuera una ligera cortina de niebla sahumaba las desiertas calles. En el oriente, el sol se desperezaba lentamente y le daba los buenos días al azul del cielo y las aves en él. El mundo despertaba sin advertirlo. El silencio matinal fue roto por las voces de los locutores del noticiero de las seis. No atendí mucho al resumen de los sucesos acaecidos aquí, allá y más allá. Suficiente tenemos con lo que pasa alrededor. Luego, revisando que las matas no hubiesen amanecido secas, un ronquido espantoso me tuerce las tripas. Era el perro del vecino con una tos…; a más de él, nada se mueve allí. Ya ni los pájaros cantan. Se fue el entusiasmo por criarlos o quizás más bien por mantenerlos.

El movimiento es poco a las siete de la mañana todavía. Y luego lunes…

Ayer fue lunes. Hoy, es martes, pero ayer lunes pesó un poco el día. Dicen que nos pasamos de buena gente y por eso sucede lo que nos sucede. Por mí quisiera ser malo y hacerme el corazón de piedra, pero nomás no se puede. Es difícil cuando se nace con la P en la frente y al parecer la tenemos bien delineadita y bastante profunda.

Ayer lunes, la indignación y la soberbia inspiraron al “hombre”. Llegó digno, humilde, con los ojitos tristes, como anegados. En los labios, la sonrisa del que sabe –sin dudarlo– a quien tiene en frente. Sí, pidió fiado. Dejó libre su labia, pero los tiempos no están para andar fiando y hubo que poner límites: no más de dos cosas. El hombre se molestó. Se evaporó la humildad, se le secaron los ojillos encendiéndolos como petardos. Su lengua chicoteó macizo y sin dejar de despotricar sacó su cartera mostrándole llena de billetes de todos los tamaños. No tiene ninguna necesidad de pedir fiado, dijo; pero lo hizo.

Capítulo 18

Últimas mieles

El tiempo no perdona: pierdes el cabello, la dentadura, la fuerza en piernas y brazos. Es hermoso cuando aquella linda enfermera te da un baño de esponja. Retornas a tu más tierna infancia. De nuevo en el regazo de mamá y tus ojos brillan como nunca, mientras ella abre su blusa y mete su pezón en tu boca. ¡Qué delicia! Lloras mirándote en sus tiernas pupilas; agradecido. Dispuesto ya para la eternidad.

Capítulo 19

Imposibilidad

Son la una para la otra. Van por los mismos senderos. Se miran, se siguen por corredores, veredas, plazas y jardines. Siempre juntas, discretas, desapercibidas, pero condenadas a jamás unirse: paralelas.

Capítulo 20

Ruleta

El casino es mi refugio. Me encanta el juego. Apostar y ser de las risas, los aplausos, y de la adrenalina que acelera el alma.

Vuelvo a casa con los bolsillos llenos. El canario lleva muerto semanas en su jaula; el gato se mudó con la vecina y en la mesita de centro, junto a mi revólver, los papeles del divorcio esperan mi firma.

Me sirvo un trago, juego con el cilindro del arma para después ponerlo en mi sien. Cierro los ojos y jalo el gatillo.

Capítulo 21

Sincretismo

Con flores y cadenas de papel picado terminamos el altar de muertos. Las fotos de los abuelos, tíos y primos, comparten lugar con la de nuestros amigos y vecinos de la gran manzana. También hay una mezcla de comidas y bebidas. Desde la recámara me llegan los rezongos de mi hija en inglés: ayuda a las nietas con sus disfraces de Halloween.

Destapo una botella de tequila. Le robo un traguito a mi viejito querido. “Nomás uno, ¿eh?”, me advierte desde su foto.

Brindo por todos.

Capítulo 22

Melómana

Ella ama la música. Toca la guitarra desde los doce años. También un poco de piano; pero lo que nadie sabe, sobre todo su familia, es que toca la flauta tan magistralmente, que ha levantado más de uno con ese control de labios y lengua que posee.

Jamás ha tenido maestro; es un don natural. Lo avalo totalmente.

Capítulo 23

La gran aventura

—El viaje que están por iniciar no es sencillo. La ruta consta de muchos altibajos; con más tormentas que días soleados, pero eso sí, variadas satisfacciones a todo lo largo del trayecto que dejarán imborrables recuerdos en la memoria. Con pequeñas victorias; emociones al por mayor que, si permanecen unidos, al final los convertirá en los más ricos, plenos y felices sobre la tierra.

Hace una pausa para mirar a la pareja.

—¿Qué dicen? ¿Aceptan el reto?

—Sí –consienten a una voz, convencidos.

—Bien. Continuemos entonces. Anillo y arras, por favor.

Capítulo 24

El desafío

Dos detonaciones. Dos muertos. La última hoja cayó del árbol, como lo vaticinara la abuela: “Cuando el gran roble muera, morirá la venganza”. El viaje de odio por generaciones terminó.

Capítulo 25

Último vuelo

Los motores de las avionetas rompen la tranquilidad de esa tarde de febrero. Suben, bajan, se adelantan o atrasan unas a otras. Siguen en último viaje a su amigo caído, vuelto polvo en su nave, El Primor. Tomó de sorpresa a muchos. Quería volar alto. Lo consiguió.

Capítulo 26

Confusión

Despierta y la habitación aquella no es la suya. Asustada, sale de ese lugar. En la calle, nada le parece familiar. Las casas, los árboles, la gente a su paso que busca detenerla.

—¡Ayuda! –suplica a la mujer que se le acerca– ¡Me han secuestrado!

—Tranquila –la abraza contra su pecho–. Todo está bien, mamá.

—¿Mamá?

La gente que las rodea las mira compasiva. Vuelven a la casa. A la misma habitación que considera su prisión. Dos personas en la pieza: de pelo blanco, rostro lleno de arrugas y una expresión interrogante. Se miran curiosas y mutuamente van a su encuentro.

—¿Te conozco? –alarga su mano y se encuentra con la luna de un espejo.

Capítulo 27

Cálido invierno

El abuelo a veces se volvía loco. Hasta daba miedo porque sus ojos eran pequeños, llenos de sueño siempre y de repente, ¡puf! Se le abrían como bocas de pozo e iba por la casa cual animal enjaulado. A la abuela no la impresionaba y lo ponía sosiego con un baldazo de agua fría; llamándolo viejo calenturiento. Yo no entendía y cuando preguntaba me ganaba mi buena reprimenda: Sáquese de aquí, chamaco de porra.

Echándole seso, los episodios del abuelo siempre pasaban cada quince días, cuando las muchachas del servicio se encaramaban en la escalera para limpiar los techos y las paredes. Bonitas, piernudas, con sus faldas aleteando. ¡Ah, qué diablo del abuelo! ¡Ni tan loco!

Capítulo 28

Mundo roto

Se vio en el espejo de cuerpo completo y no le gustó la imagen reflejada. ¿En qué momento su pelo se puso blanco? Y esas bolsas bajo los ojos, estaba seguro de que ayer no las tenía. Ni los pectorales fláccidos y su equipo bélico acobardado, como en busca de refugio.

—Clara –regresó al lecho–. ¡Estoy viejo…!

Al ver su cama vacía se le abrieron los ojos. Recordó el camposanto, el túmulo lleno de flores. Se derrumbó sin fuerzas, mirando sus manos marchitas.

—Clara –sollozó, consciente de su pérdida. Del hálito que lo hacía sentirse joven.

Capítulo 29

Por la acera

Benito mal ajusta su saco. Arrastra los pies al caminar porque le duelen, lo mismo que sus días. Trabajó tanto para los hijos y apenas murió la vieja se olvidaron de él. Sin techo estable, vaga por la ciudad igual que perro sin dueño. Serpientes de luz rasgan la noche. Un hombre robusto se cruza con él. Ni siquiera le dirige una mirada. Mejor. Benito lo sorprende clavándole a la espalda un cuchillo hechizo*. Le saca el dinero de encima. El tipo es un padrote que nadie va extrañar. Él debe sobrevivir de alguna manera.

*Cuchillo hechizo: en México, cuchillo hecho a mano.

Capítulo 30

El cobro

—Bien, no creí que vinieras, pero aquí estás. Espero hayas seguido mis instrucciones y no traigas tras de ti a tu piara de siempre.

—Tranquila. ¿Por qué no bajas esa arma y conversamos?

—¡No! ¡Y no avances ni un maldito paso más!

—Sí que estás enojada, ¿eh? No pasa nada, hermosa. Mira…

—¡Quédate donde estás! ¿O quieres un tiro entre las piernas, bastardo?

—Estás exagerando, cariño. Sólo fue una vez...

—Es suficiente para mí.

—Ven aquí y lo arreglaremos. Todo fuera como eso.

—Te odio.

—¿Quieres que me ponga de rodillas y pida perdón? –se burla.

Hace el intento, pero se contiene ante una primera detonación.

—¡Si solo fue un maldito helado de chocolate! –jadea asustado y temblando.

Ella avanza con decisión y vacía en su contra el arma.

—Sí… pero era mi maldito helado de chocolate, imbécil –patea.

Capítulo 31

De ida y vuelta

El viaje brevísimo le muestra toda su vida: su infancia insignificante, sus padres separados y Él con su abuela.

De adulto, con mujer, hijos y un empleo que no le satisface, llega Ella. Se vuelven amantes, su vida florece, hasta que esa voz estalla en su cerebro:

—Es guapa la mujer del jefe, ¿no?

Noventa segundos, eso dura su viaje de ida y vuelta a utopía.

Capítulo 32

Esperanza

Sus setenta años no estorban. Es fuerte, vital. Va y viene sin que nadie se queje. Viejos los cerros, dice al toc-toc del bastón. Recorre pasillos, jardines, llega hasta la reja de la calle; mira el mundo a través de ella. Aparece un enfermero y lo regresa a la comunidad senil a la que pertenece. Lo sienta en una banca. Aguarda lo que toque: el desayuno, la comida, la cena; la muerte. El viejo marca un ritmo con su zapato y bastón: “New York, New York”.

Capítulo 33

En lo profundo

El cofre rebosa en oro, joyas y piedras preciosas. Entre sus manos, un hermoso collar de perlas. Lo mira sin mucho entusiasmo, con cierta tristeza mientras su pecho se deshace en suspiros entrecortados. ¡Qué tesoro tan maravilloso y no tener con quien compartirlo! Ve a su alrededor los restos de los barcos, hundidos por tormentas o al fragor de una batalla; esqueletos que sobresalen entre la arena, de hombres fuertes y valientes que jamás volverán a casa, con una mujer, hijos o sólo una vida que continuar. Siente el silencio aplastante rodeándola. Cuanta soledad y vacío. Deja caer de sus finas manos el collar, desdeñando como siempre la riqueza que le pertenece, pero no puede disfrutar con nadie. Agita el fondo marino con su hermosa cola y la sirena continua su vagabundear por los siete mares, en busca de compañía.

Capítulo 34

Solaz

Siempre es bueno, después de un intenso día de trabajo tomarse un pequeño descanso. Admirar el atardecer desde éstas rocas es más que disfrutable. Y a ti también te gusta, ¿verdad, Cacao? Perro tonto. Parece que entiende. Me mira, mueve la cola y se queda viendo el atardecer con ojos maravillados. ¡Qué colores! Parece que el cielo se funde con el mar o tal vez sea a la inversa. Amo éste momento. Después de pasar la mayor parte del día hundido en esa bestia voladora, éstos minutos son imperdibles. Éste lugar. Lo encontré por casualidad, cuando la nave se detuvo sin saber por qué. Los muchachos lograron un milagro al aterrizarlo en éste punto.

Bendito desperfecto que me trajo hasta aquí para encontrar ésta maravillosa vista, a Cacao y a la mujer que ha hecho de mi vida algo real, palpable, con significado y propósito.

A quien lo haya planeado: Gracias.

Capítulo 35

Bicha

La pareja entra al cuarto, enredados en una pasión desbordante. Si antes de llegar, la duda les había asaltado (ambos tienen hogar, hijos y una reputación que proteger), al ver las luces neón del Motel Bienestar, todos sus prejuicios se esfuman. Vuelan ropas aquí y allá por la habitación, lo mismo que colcha, almohadas y demás accesorios en el lecho. Los besos, las caricias se multiplican con efusividad, aumentando la temperatura de cuerpos y habitación.

—El abanico –señala ella febril–. El abanico…

Su compañero mira al techo, las aspas permanecen inmóviles sobre sus cabezas. Sonríe complaciente, irguiéndose como coloso para impresionarla. En medio de un baile erótico que la enciende más, estira una mano en busca del cordel; hala la primera punta que siente para luego zambullirse en aquella mar impetuosa en la que se convertía su amante. Pero, algo frío le golpea la espalda, se desliza sobre su hombro y cae directamente sobre los nimbados, húmedos y bien desarrollados pechos.

—¡Ah! –grita llena de terror al ver la culebra.

De un manotazo la lanza contra él, que, en medio de gritos carentes de masculinidad, se sacude desesperado. Avienta a la bicha con tal fuerza que, ésta da contra la ventana. La hoja se abre y cae fuera. Al reconocer tierra firme, la culebra se contorsiona asustada, internándose en el cercano monte: humanos locos.

La pareja nunca regresó al motel. Nunca volvieron a verse, a hablarse… nunca.

Capítulo 36

La boda

Desde mi ventana veo cómo los invitados siguen llegando. El jardín, arreglado para la ocasión luce lleno y se departe con alegría. Puedo oír algunas risas, que se charla con agrado. En un extremo, los músicos se acomodan, afinan instrumentos, arreglan partituras.

Es un día esplendoroso, lleno de sol. En el azul del cielo, nubes blancas pasan lentamente; curiosas del movimiento en ésta casa antes cerrada y silenciosa por tanto tiempo. La noticia de mi regreso y especialmente, para casarme, llenaba de gozo a muchos que me creían abismado en el dolor; en la locura. Seis años eran demasiados para aceptar la pérdida y decidir empezar de nuevo. Casi los escucho haciendo tales comentarios. Me aparto de la ventana para mirarme en el espejo de cuerpo completo. La palidez de mi piel. Ese brillo de ausencia en mis ojos siempre irritados a nadie inquietaba ya. Después de la tragedia resultaba imposible, que yo volviera a ser el hombre sonriente, lleno de proyectos que era antes.

Termino de arreglar mis ropas. Las mismas que llevaba ese fatídico día. Las manchas rojas se han vuelto marrón. Nunca permití las borraran. El ramito de azahar en mi solapa está un poco maltratado. Afano un poco buscando dejarlo lo más presentable posible. Salgo de la alcoba, con ella en mis brazos. Mientras avanzo por el pasillo, los criados con los que me encuentro se apartan con espanto. Uno deja caer la charola llena de copas y vino. Eso atrae la atención de todos. No me detengo. Bajo la breve escalera, caminando por la alfombra rojo sangre; entre gritos de horror y asco que no me perturban. Mi madre, que se sentía agradecida porque retomaba el curso de mi vida, se desploma en brazos de mi padre, quien no da crédito a lo que ve.

En el improvisado altar, el cura permanece petrificado y mudo. Sus acólitos han salido corriendo, como la mayor parte de los invitados. Con cuidado arreglo el velo de novia en aquella cabeza momificada, abierta de manera impresionante de uno de sus parietales. Acaricio las mejillas marchitas con ternura y beso los inexistentes labios. Miro al cura sonriendo, con lágrimas de emoción en los ojos.

—Cásenos, padre –suplico, mientras alrededor estalla el escándalo.

Capítulo 37

El encierro

Se ajustó la mascarilla y tras cinco años sin salir de casa, de nuevo puso un pie en la calle. Primero con timidez, pero luego, al encontrar gente con medio rostro cubierto, con seguridad. Regresó al cine, al teatro, a la librería. Feliz porque nadie notaba la burda prótesis.

Capítulo 38

Amor

La oscuridad bajo la cama era completa y se expandía al resto de la pieza. Ya era de noche. El monstruo se desperezó con deleite sobre el piso frío, entreteniéndose algunos momentos con sus largas uñas: mordisqueándolas un poco, limpiándolas otro tanto, para finalmente afilarlas. Se abrió la puerta dando paso a un taconeo ya conocido. Su ceñudo ojo brilló al ver los piesitos desnudos perdiéndose en el cuarto de baño. Entonces, los ocho corazones en su pecho le latieron con emoción. Se acicaló con su baba rojo sangre y atrajo a él el par de botas tiradas; apretándolas contra su cuerpo cubierto de plumas y escamas, al tiempo que las besaba y aspiraba enamorado su esencia: ¡qué felicidad!

Capítulo 39

Psicópata

Corto una pierna, la otra. Sigo con una mano, el brazo derecho, el izquierdo. Rompo el cuello, separo la cabeza: tarde, té, galletas de jengibre.

Capítulo 40

A perpetuidad

La araña patona cruzó a gran velocidad el pasillo, pero aun así se supo descubierta por la ama de la casa. Buscó el amparo de la oscuridad, bajo el mueble más cercano y la vio, con un pie descalzo, caminar lentamente por el área. Por un costado, una hormiga ingenua salió a la luz, con intención de volver a la cocina. Al parecer, la niña había comido cereal y el piso estaba lleno de migas. El zapatazo que escuchó, obligó a la patona a encogerse en sus ocho extremidades. La pobre hormiga quedó a medio camino, con su cuerpecito maltrecho, casi embarrado en el mosaico. La ama recuperó el zapato y hundió su pie dentro de él, olvidando a la araña. Ella continuó agazapada contra la oscuridad unos momentos más: no solía arriesgarse a lo tonto y mucho menos con sus hijitos en camino. Los huevecillos los había dejado resguardados en sitio seguro, en una esquina olvidada de la casa.

Revisó la zona, pero se mantuvo a la sombra de aquel mueble. En el camino tropezó con una hormiga en mal estado: vio sus antenas dobladas, que tres de sus patas bien podrían estar fracturadas… ¡imposible! La patona se sobresaltó, ¡había sobrevivido a un zapatazo! Vio al insecto trastabillante, entrando y saliendo de la luz. Deteniéndose como fatigada o buscando orientarse. Ninguna de sus hermanas apareció para auxiliarla o conducirla a salvo hasta su nido. A ella le habría gustado seguir sus pasos y ver cómo se las arreglaba, pero su huevera estaba sola y debía recuperarla. Encontró un mejor sitio para anidar. La habitación que los humanos llamaban del abuelo. Un sitio tranquilo, con poca luz, poco movimiento y en el que un viejo, en silla de ruedas, se pasaba las horas suspirando y añorando a una tal Lichita. La ama era la única que entraba y salía de la pieza; le hacía compañía al viejo, lo alimentaba, lo aseaba y justificaba la ausencia de Leo, su marido e hijo del viejo.

A la patona eso no le interesaba. El sitio para su nuevo nido, sí. Subió pues el muro verde aqua, deteniéndose por momentos para revisar su entorno. Todo estaba tranquilo. Los niños habían comido y se hallaban plantados ante sus computadoras. La madre estaba afuera. Llegaban los chispotorreos de una manguera, regando plantas. ¡Uy! ¡Vaya lata para sus parientes en el jardín! Y se las imaginó, huyendo de esa lluvia artificial, evacuando macetas y tiestos diversos para ocultarse en algún agujero del piso o de la pared, mientras la humedad se manifestaba. Ella siguió escalando, un paso tras otro; luego, al no encontrar el cotidiano polvo con restos de pelusa y telaraña vieja, advirtió que algo no estaba bien. Paró un instante. Su nido se hallaba en alto. En una esquina a la que no llegaba mucha luz. El entramado de su tela no se veía fácilmente, pero en las

últimas semanas corrió demasiado viento, el polvo se coló, impregnando sus hilos. Por eso su búsqueda de un nuevo lugar para anidar. Avanzó un poco más: restos de seda, las alas de una mosca, que había estado drenando; los restos de un mosco que cayó en su tela… y el nido había desaparecido. ¡Lo destruyó la ama! Junto con el capullo colmado de sus hijitos. Examinó el área incrédula, pero pronto se convenció que era cierto. ¡Su hogar no existía más! Bajó el muro refugiándose en la parte baja del sillón. Allí también encontró telarañas desechas, los despojos de otras patonas que no lograron huir. La ama había hecho limpieza general. Muchos huevecillos terminaron en el estómago de ese endemoniado aparato de nombre aspiradora. Los restos a la basura y el recolector había pasado temprano. ¡Sus hijitos a la basura! Como alimento de aves y otros insectos. Tembló sobre sus ocho patas y juró venganza.

Ahora, cuando todos duermen, ella y otras patonas van por la casa, tejiendo redes no solo en los rincones, también en los techos, las paredes, los electrodomésticos; la mascota que duerme con holganza, en los libros que no se vuelven a leer; la biciperchero y la chancla perdida en lo recóndito bajo la cama: Allí, donde la escoba no entra ni entrará jamás.

Generación tras generación vengarán hueveras y capullos; de todas, sin darle tregua a ninguna ama de casa.

Capítulo 41

Cambio climático

Aquel árbol parecía la mano de un muerto escapando de la tierra: seco, con los brazos como dedos crispados, arañando el cielo.

—Córtalo de tajo antes de que logre su propósito —le pedía siempre a mi marido.

Él me miraba atufado, tumbado en el sofá y con el control de la tele en la mano.

—Estás loca —gruñía negándose—. Sólo es un estúpido árbol muerto.

Sé que debí insistir, enfadar a mi marido con la misma cantaleta, pero la desidia es un mal contagioso y pagamos las consecuencias. La garra siniestra salió, exigiendo la tierra como suya. Cientos de árboles muertos la seguían, sedientos de nuestra savia. Dicen que el fuego podría ser la única salvación, pero ahora sufrimos lluvia sin tregua. No hay refugio seguro. No hay escapatoria. No hay paz.

Capítulo 42

Decisión última

Se durmió con el álbum fotográfico en las manos. A un lado, el café terminado y una nota para todos.

Capítulo 43

Impacto

El estruendo me cimbró. Había un hedor a gasolina y un regusto metálico llenó mi boca. Entonces, como voraz incendio, el dolor me invadió. Cerré mis ojos.

Capítulo 44

Expreso

Después de lanzar a su víctima por la ventana, el asesino fue a la cocina y terminó el café servido. Le parecía pecado desperdiciarlo.

Capítulo 45

Nuevo camino

Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada. Mirando el paisaje su seguridad se fortalecía, convenciéndose que había tomado la mejor decisión: recuperar el control de su vida.